

Gerald Durrell

Un novio para mamá
y otros relatos



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Marrying off Mother and other Stories*
Traducción de Fernando Santos Fontenla

Primera edición: 1993
Tercera edición: 2015

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Gerald Durrell, 1991
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1993, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-073-6
Depósito legal: M. 14.427-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 15 Esmeralda
- 40 Fred, o un toque del cálido Sur
- 60 Jubilación
- 84 Un novio para mamá
- 123 Ludwig
- 162 El jurado
- 187 Los vestidos de la señorita Booth-Wycherly
- 232 Un loro para el párroco

*Recién casada: mujer con grandes
perspectivas de felicidad tras ella.*

Ambrose Bierce,
El diccionario del diablo

Este libro es para

Teeny y Hal
T.B.M.I.L. y T.B.F.I.L.
I.T.W.

de Gerry
R.B.S.I.L.I.T.W.

Con todo mi cariño

Advertencia

Todos estos relatos son auténticos, o, para ser estrictamente exacto, unos son auténticos y otros tienen un núcleo de verdad y un envoltorio ornamental. Unos corresponden a experiencias mías y otros a cosas que me han contado y que yo me he apropiado para mis propios fines, lo cual confirma el adagio: «Nunca digas nada a un escritor si no quieres verlo publicado.»

Naturalmente, no tengo la menor intención de decir cuáles de estos relatos son auténticos y cuáles son semiauténticos, pero espero que eso no impida al lector disfrutar con ellos.

Gerald Durrell

Esmeralda

De todas las regiones de la Belle France, que son muchas, existe una cuyo mero nombre hace que a los gastrónomos les brillen los ojos, se les enciendan las mejillas ante lo que sugiere y se les empapan las papilas de saliva ante lo que promete, y es la que lleva el eufónico nombre de Périgord; allí las castañas y las nueces tienen un tamaño prodigioso, allí las fresas silvestres tienen un aroma tan penetrante como el tocador de una cortesana. Allí las manzanas, las peras y las ciruelas encierran en sus pieles jugos sublimes; allí la carne del pollo, del pato y de la paloma es firme y blanca; allí la mantequilla es tan amarilla como un rayo de sol y la nata de las batidoras es tan espesa que se puede colocar sobre ella un vaso lleno de vino. Además de todas esas riquezas, Périgord oculta bajo el suelo terroso de sus robledales una recompensa suprema, la trufa, el hongo troglodita que vive bajo la superficie del bosque, negro como el

gato de una bruja, exquisito cual todos los perfumes de Arabia.

En aquella deliciosa parte del mundo había encontrado yo un pueblo pequeño y encantador y me había alojado en su diminuta posada, llamada «Les Trois Pigeons». El hostelero, Jean Pettione, era un tipo jovial a quien el vino había dejado la cara del color rojizo de una manzana. Era otoño y los bosques se hallaban en su mejor momento, un rico tapiz de colores que iban desde el dorado al bronce. Decidí disfrutar de ellos; conseguí que monsieur Pettione me preparase un almuerzo frío y me fui al campo. Aparqué el coche y me adentré en el bosque para gozar de la panoplia de colores y las formas extrañas y mágicas de las setas que crecían por todas partes. Al cabo de un rato me senté en el grueso tronco de un roble caído para disfrutar del almuerzo y, acababa de terminar, cuando oí unos roces en las zarzas muertas de color jengibre y apareció una cerda enorme. Se sorprendió tanto de verme como yo de verla a ella. Nos contemplamos con mutuo interés.

Pesaría, me pareció, unos cien kilos. Era de un color rosa suave, con un mechón de pelo blanco y unas decorativas manchas negras colocadas por la naturaleza de forma tan seductora como los lunares que solían ponerse las damas del siglo XVII. Tenía unos traviosos ojillos dorados llenos de sabiduría, unas orejas que le caían a ambos lados de la cara como la toca de una monja y un morrito orgulloso con delicadas arrugas, cuyo extremo parecía uno de esos espléndidos instrumentos victorinos que se utilizan para destupir tuberías atascadas. Sus pezuñas eran elegantes y pulcras, y el rabo un maravillo-

so signo de interrogación de color rosa, retorcido, que la impulsaba por la vida. Exudaba un aura que no era, como habría cabido esperar, de cerdo, sino un aroma fragante y delicado que sugería prados primaverales tachonados de flores. Nunca había olido a un cerdo así. Rebusqué en mi memoria para recordar cuándo había sido la última vez que me había tropezado con un perfume tan romántico y mágico y por fin lo recordé. Había sido una vez que entré en el ascensor de un hotel y la deliciosa dama que descendía conmigo también había despedido aquel mismo delicado aroma que ahora me llegaba de la cerda. A la dama del ascensor le pregunté si le importaba comunicarme el nombre de su exquisito perfume y me dijo que se llamaba «Joy».

Pues bien, he tenido muchas experiencias extrañas en la vida, pero hasta entonces nunca había tenido el privilegio de encontrarme, en un robledal del Périgord, con una cerda grande y simpática que llevara ese perfume concreto tan caro. Avanzó lentamente hacia mí. Me puso la barbilla en la rodilla y soltó un gruñido prolongado y más bien alarmante, el tipo de ruido que hace un especialista de Harley Street cuando está a punto de decirte que la enfermedad que padeces será fatal. Suspiró hondo y después empezó a hacer como si mascara. Aquel ruido era idéntico al de un grupo extraordinariamente ágil de bailarinas españolas con muchas castañuelas. Volvió a suspirar. Era evidente que la dama quería algo. Apuntó la nariz hacia mi bolsa y soltó grititos de alegría cuando la abrí para ver qué era lo que tanto atraía su atención. No vi más que los restos del queso que había estado comiendo. Los saqué, evité sus tentativas de apo-

derarse de todo el pedazo y le corté una loncha. Se la llevé a la boca y, para gran asombro mío, allí la mantuvo, gozando con la fragancia, igual que un experto en vinos deja que un trago se le quede en la lengua, aspirando su perfume y saboreando su cuerpo. Después empezó a comérsela con gran calma y cuidado, con gruñiditos de satisfacción. Vi que llevaba en torno al grueso cuello, igual que una noble viuda llevaría una cascada de perlas, un elegantísimo collar de cadena dorado, del cual colgaba un trozo de cadena partida. Era tan elegante que resultaba obvio que mi nueva amiga era una cerda que alguien valoraba y había perdido. Aceptó algo más de queso, con sus gruñiditos de agradecimiento y placer, dejando que cada fragmento se le quedara un rato en la lengua, como una auténtica experta. Me quedé con un trozo de queso como señuelo y con él logré sacarla del bosque y llevarla hasta mi furgoneta. Evidentemente estaba muy habituada a este tipo de transporte; subió a la trasera y se sentó cómodamente, contemplando su derredor con porte noble y la boca llena de queso. Mientras volvía hacia el pueblo, pues estaba seguro de que de allí procedía, la cerda apoyó la barbilla en mi hombro y se durmió. Decidí que la mezcla del olor a «Joy» con el roquefort maduro no era una combinación que atrajese a un miembro del sexo opuesto. Llegué a «Les Trois Pigeons», aparté de mi hombro la cabeza de la olorosa cerda, le di el último trozo de queso y entré en busca del ilustre Jean. Estaba ocupado en sacar el brillo a unos vasos con gran precisión, echándoles el aliento uno por uno para conseguir el lustre necesario.

—Jean —dije—, tengo un problema.

–¿Un problema, monsieur, qué problema? –preguntó.

–Tengo una cerda –respondí.

–¿Monsieur ha comprado una cerda? –preguntó asombrado.

–No, no la he comprado. La tengo. Estaba sentado en el bosque comiendo el almuerzo cuando de pronto apareció una cerda que se ofreció a compartir la comida conmigo. Creo que se trata de una cerda rara, porque no sólo le apasiona el queso de Roquefort, sino que lleva un collar de oro y huele mucho a perfume.

El vaso que estaba limpiando se le resbaló entre los dedos y cayó al suelo, rompiéndose en una multitud de fragmentos.

–¡Mon Dieu! –exclamó abriendo mucho los ojos–. ¡Tiene usted a Esmeralda!

–No lleva una placa en el collar –dije–, pero no puede haber trotando por ahí muchos cerdos que correspondan a esa descripción, de forma que supongo que debe de ser Esmeralda. ¿A quién pertenece?

Salió de detrás del mostrador, pisando vidrios y quitándose el delantal.

–A monsieur Clot –contestó–. ¡Mon Dieu! Si la ha perdido, se va a volver loco. ¿Dónde está?

–En mi coche –respondí–, terminándose una loncha del roquefort.

Fuimos a la furgoneta y vimos que Esmeralda, al concluir que un destino cruel le negaba más queso, se había dormido filosóficamente. Sus ronquidos hacían que todo el vehículo temblase, como si el motor siguiera en marcha.

–¡Oh la la! –comentó Jean–. *Es* Esmeralda. Ay, monsieur Clot se va a volver loco. Tiene usted que llevársela

inmediatamente, monsieur. Monsieur Clot cree que esta cerda es el no va más. Tiene que llevársela *inmediatamente*.

–Bueno, con mucho gusto –dije un poco irritado–, si me dice usted dónde vive monsieur Clot. No quiero andar con una cerda por la vida.

–¡Una cerda! –exclamó Jean contemplándome horrorizado–. No es una cerda cualquiera, monsieur, es *Esmeralda*.

–Me da igual cómo se llame –dije malhumorado–, pero de momento está en mi coche, oliendo a puta parisina que se ha dado un atracón de queso, y cuanto antes me deshaga de ella, mejor.

Jean se irguió cuan alto era y me contempló.

–¿Una puta? –comentó–. ¿Dice usted una puta? Esmeralda, como todo el mundo sabe, es virgen.

Empezó a darme la sensación de que estaba teniendo alucinaciones. ¿Era verdaderamente yo el que estaba junto a mi furgoneta en la cual dormía una cerda muy aromática llamada Esmeralda y discutiendo de su vida sexual con el dueño de un hotel llamado «Los Tres Pichones»? Respiré hondo para tranquilizarme.

–Mire –dije–, no me importa la vida sexual de Esmeralda. Por mí, como si la hubieran violado todos los jabalíes del Périgord.

–¡Oh! ¡Mon Dieu! No la habrán violado, ¿verdad? –croó Jean palideciendo.

–No, no, no que yo sepa, no. No la han desflorado o como se llame eso en una cerda. En todo caso haría falta un jabalí especialmente lascivo y sin sentido del olfato para violar a una cerda que huele igual que una puta cara el sábado por la noche.

–Por favor, *por favor*, monsieur –dijo Jean muy dolido–, no diga usted esas cosas... sobre todo delante de monsieur Clot. La trata con la misma veneración con que trataría usted a una santa.

Estaba a punto de decir algo irreverente acerca de Santa Margarita de los Cerdos, pero me contuve, pues era evidente que Jean se tomaba todo aquello muy en serio.

–Mire –dije–, si monsieur Clot ha perdido a Esmeralda, estará preocupado, ¿no?

–¿Preocupado...?, ¿preocupado? Debe de estar enloquecido.

–Pues entonces, cuanto antes le devuelva a Esmeralda, mejor. A ver, ¿dónde vive?

Habiéndome criado en Grecia, donde la distancia se medía por cigarrillos –cosa que me valió de muy poco cuando tenía diez años–, había adquirido una cierta aptitud para preguntar el camino en el campo. Había que enfocar la cuestión con el mismo cuidado que el arqueólogo que va retirando el polvo de siglos para revelar un artefacto. El principal problema era que la gente siempre suponía que uno conocía tan íntimamente como ellos todo su entorno, de manera que hacían falta tiempo y paciencia. Como guía, Jean superaba a todos los que había conocido hasta entonces.

–Monsieur Clot vive en «Les Arbousiers» –dijo.

–Y ¿dónde está eso? –pregunté.

–Ya sabe, junto a las tierras de monsieur Mermod.

–No conozco a monsieur Mermod.

–Pero si tiene usted que conocerlo, es nuestro carpintero. Fue el que hizo todas las mesas y las sillas de «Les Trois Pigeons». Y la barra, y creo que fue el que puso los

estantes en la despensa, aunque no estoy seguro... quizá fuera monsieur Devoir. Vive en el valle, junto al río.

—¿Dónde vive monsieur Clot?

—Pero si se lo acabo de decir, al lado de monsieur Mermod.

—¿Y cómo llego yo a casa de monsieur Clot?

—Pues, cruza el pueblo...

—¿En qué dirección?

—En ésa —dijo, y señaló.

—¿Y después?

—Gira usted a la izquierda al llegar a la casa de mademoiselle Hubert y...

—No conozco a mademoiselle Hubert ni sé dónde vive.

—¿Cómo es su casa?

—Marrón.

—Todas las casas del pueblo son marrones. ¿Cómo puedo reconocerla?

—Reflexionó.

—Ah —dijo por fin—, hoy es jueves. O sea que estará limpiando. O sea, *en fin*, que colgará la alfombra roja en la ventana del dormitorio.

—Hoy es martes.

—Ah, tiene usted razón. Si es martes, estará regando las plantas.

—O sea que giro a la izquierda al llegar a la casa marrón donde hay una señora regando las plantas. ¿Y después?

—Pasa usted junto al monumento a los caídos, llega a la casa de monsieur Pelligot y después, al llegar al árbol, gira a la izquierda.

—¿Qué árbol?

—El árbol del cruce donde gira usted a la izquierda.

–Todo Périgord está lleno de árboles. Todas las carreteras están bordeadas de árboles. ¿Cómo puedo distinguir ese árbol de los demás?

Jean me contempló asombrado.

–Porque es el árbol contra el que se mató monsieur Herolte –dijo– y donde va la viuda a ponerle una corona cada aniversario de su muerte. Se distingue por la corona.

–¿Cuándo murió?

–Fue en junio de 1950, el seis o el siete, no estoy seguro. Pero desde luego fue en junio.

–Y ahora estamos en septiembre... ¿Seguirá puesta la corona?

–Ah, no, se la llevan cuando se marchita.

–¿Hay otra forma de identificar el árbol?

–Es un roble –dijo.

–El campo está lleno de robles; ¿cómo voy a distinguir ese roble concreto?

–Tiene una hendidura.

–Bueno, entonces ahí giro a la izquierda. ¿Dónde está la casa de monsieur Clot?

–No tiene pérdida. Es una casa larga y baja, una casa de campo a la antigua.

–O sea, que busco una casa de campo blanca.

–Sí, pero no se ve desde la carretera.

–Entonces, ¿cómo voy a saber que he llegado?

Se lo pensó un rato.

–Hay un puente pequeño de madera al que le falta un tablón –dijo–. Es el camino que lleva a casa de monsieur Clot.

En aquel momento, Esmeralda se dio la vuelta y nos envolvió en una nube de perfume y queso. Nos apartamos de la furgoneta.

–Veamos –dije–, a ver si he entendido bien. Bajo por ahí y giro a la izquierda cuando vea a una señora que riega las plantas. Paso al lado del monumento a los caídos y la casa de monsieur Pelligot, y sigo derecho hasta llegar al roble con una hendidura, y después giro a la izquierda y busco un puente al que le falta un tablón. ¿Es así?

–Monsieur –dijo Jean admirado–, podría haber *nacido* usted en el pueblo.

Por fin logré llegar. En casa de mademoiselle Hubert, ésta no estaba regando, ni tampoco se veía por ninguna parte la alfombrita roja. De hecho estaba sentada al sol, dormida. Lamentándolo mucho, la desperté para averiguar si era efectivamente la mademoiselle Hubert al llegar a cuya casa tenía que girar a la izquierda. Encontré el roble de la hendidura, de un tamaño considerable, de forma que juzgué que monsieur Herolte tenía que haber consumido una cantidad extraordinaria de pastis antes de empotrar su Dos Caballos contra él. Cuando encontré el puente, *efectivamente* le faltaba un tablón. La información que le dan a uno los campesinos siempre es exacta, aunque parezca un tanto misteriosa cuando la están comunicando. Seguí por la carretera llena de baches, a un lado de la cual había un verde prado salpicado por un pequeño rebaño de vacas charolesas de color crema, y al otro un campo resplandeciente de girasoles con las caras amarillas y negras todas mirando hacia arriba en adoración del sol. Crucé un bosquecillo y allí, en un claro, estaba la casa de monsieur Clot, larga y baja y más blanca que el huevo de una paloma, con un tejado de tejas antiguas, negras, gruesas y oscuras como barras de chocolate, adornada cada una de ellas con una insignia

de líquenes dorados. Fuera había dos coches, uno de ellos de la policía y el otro de un médico, de forma que estacioné el mío al lado. En cuanto apagué el motor pude oír por encima de los ronquidos de Esmeralda una extraña cacofonía que procedía de la casa: gritos, rugidos, chillidos, llantos y gemidos, y rechinar general de dientes. Supuse –y luego vi que tenía razón– que la desaparición de Esmeralda no había pasado inadvertida. Fui a la puerta principal –que estaba entreabierta–, agarré el llamador freudiano que representaba una mano con una bola y llamé muy fuerte. El escándalo de dentro continuó al mismo volumen. Volví a llamar y siguió sin venir nadie. Agarré con decisión el llamador y golpeé la puerta con tal ferocidad que temí se saliera de sus goznes. Durante un momento cesó el griterío en el interior y al cabo de un momento abrió la puerta una de las jóvenes más bellas que he visto en mi vida. Tenía la melena despeinada, pero eso no hacía sino darle más encanto, pues era de ese intenso color crepúsculo que toda hoja otoñal intenta lograr y raras veces consigue. El sol le había tocado e iluminado la piel, de forma que ésta tenía la calidad de una seda color melocotón. Sus ojos eran enormes, una mezcla maravillosa de verde y oro bajo unas cejas oscuras como las alas de un albatros. La boca sonrosada tenía la forma y la textura que hacen titubear incluso al más fiel de los maridos. De sus ojos magníficos caían lágrimas del tamaño de diamantes de veintidós quilates, que le bañaban las mejillas.

–¿Monsieur? –interrogó, secándose las mejillas con el dorso de la mano para enjugar aquellas lágrimas brillantes.